

La llegada de  
**Selénsak**



Alexander L. Samaniego

# LA LLEGADA DE SELÉNSAK.



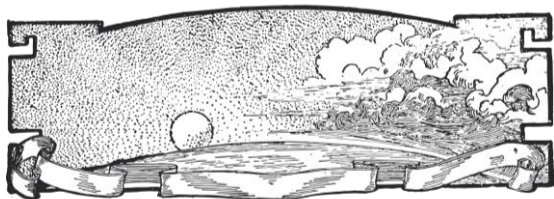
ALEXANDER L. SAMANIEGO

Copyright © 2021 Alexander L. Samaniego

[www.alexsama.com](http://www.alexsama.com)

Todos los derechos reservados.

*Para los que no quieren que se les nombre...*



## I

**D**amiano era un joven de veintiséis años que vivía solo, y trabajaba a medio tiempo de lunes a viernes en una oficina, a la que iba en un viejo sedán blanco. Era muy apasionado de la lectura, y disfrutaba en demasía de los fines de semana tranquilos, en que podía darse el gusto de un refrescante licor de menta, mientras leía más de un libro a la vez. Es decir, que tenía varios libros vigentes por leer, y ponía días para cada uno, siempre procurando que se tratasen de diferentes temáticas. Él no compartía eso de que había que leer un solo libro hasta terminarlo, y recién allí pasar al siguiente. No, ese no era su estilo.

A él no le bastaba con leer un solo libro en un día. Su mesita de libros, pues no tenía un estan-

te de éstos, la separó en seis secciones o columnas, teniendo por un lado libros de literatura fantástica en el primer lugar, luego ocultismo en el segundo lugar, novelas en el tercer lugar, libros religiosos en el cuarto, lectura general en el quinto, y en el sexto enciclopedias, historia y diccionarios diferentes.

Hecha la división de seis secciones, destinó para el lunes literatura fantástica, para el martes ocultismo, para el miércoles novelas, para el jueves lo religioso, para el viernes lectura general, y para los sábados la sección enciclopédica. Para los domingos estableció el libro del mes, y para ello usó sus seis secciones como seis meses, siendo enero la sección primera, febrero la sección segunda, marzo la sección tercera, abril la sección cuarta, mayo la sección quinta, y junio la sección sexta; para julio a diciembre se repetían como en el primer semestre. Entonces, un domingo de julio, tocaba lo mismo que tocaría a un libro del mes de enero, es decir, la primera de sus secciones: literatura fantástica.

Sin embargo, Damiano se dio cuenta que se aburría demasiado pronto, y estableció que, así como tenía fijo qué libro tocaba cada día de la semana, y que cada mes tenía su propio libro dentro mismo de esos seis libros, entonces debía haber al menos una tercera lectura: que era el

libro que más le gustaba de entre los seis. Entonces, si era un martes, leía un capítulo o una sección del libro de ese día, el cual correspondía a ocultismo; luego, cuando se aburría del que le tocaba, cogía el libro del mes, que, si era por ejemplo julio, correspondía con el de literatura fantástica; cuando de ese segundo libro se aburría, trataba de terminar también el capítulo o la sección, y pasaba al libro que más le gustaba de "los seis vigentes". Es decir, que bien un día Damiano podía leer tres libros: uno el del día, después uno del mes, y luego uno de los que más le gustaban.

Algunas veces, casi siempre los domingos, coincidieron el libro del día, con el libro del mes, o con el libro que le gustaba; y en cierta ocasión coincidieron hasta los tres libros dentro mismo de la semana. Tras esto dedujo que ningún libro debía repetirse dentro de las tres lecturas que hacía, y estableció que, para casos de posible repetición, debía tener un segundo libro que más le gustaba de entre los seis, y hasta un tercero, en casos extremos. Un poco complejo para un pasatiempo, pero sí, así era Damiano.

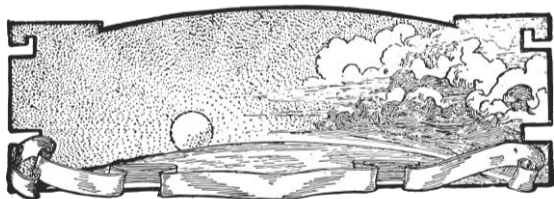
Para la gente, él era una persona bastante intelectual, poseedor de mucha cultura general. Pero lo raro era que ciertas veces al año, la gente le preguntaba si había estado en cierto lugar del

país, o si había usado el bus, cuando él en realidad no había ido donde le vieron, ni utilizaba el transporte público desde que compró el auto blanco hacía ya unos años. “Seguro era alguien que se me parecía solamente”, decía él. Pero le discutían, afirmando que era él definitivamente, y hasta con las mismas ropas que solía usar. “Entonces habrá sido un gemelo mío, a quien no conozco”, reponía Damiano, de broma. La gente, obviamente, interpretaba que él sólo los engañaba, y que simplemente no quería contar dónde fue o que había usado el bus.

Hasta llegó a ocurrir, que una tía suya vio como un doble de él a su izquierda, con rostro malévolos; pero él no veía nada, y la imagen que vio la tía, fue fugaz. En otra ocasión, una novia de Damiano llegó a verlo semidespierta en la madrugada, sonriéndole de pie al lado del ropero, hasta que escuchó que él salía del sanitario, y que luego volvía a entrar al dormitorio; para cuando él vino, ya no estaba ese “doble”.

Pero Damiano se reía con todo esto, y estaba absolutamente convencido de que los que creyeron verlo otra parte, sólo lo habían confundido con otro que tal vez se le parecía en ciertas cosas, o simplemente lo imaginaban —la tía y la novia.





## II

**O**bviamente, porque se pasaba mucho tiempo sentado, y porque se metía bebidas fuertes, era que Damiano a la larga desarrolló sobrepeso, independientemente de si comía mucho o no. Bueno, si comía mucho, subía más, ya que su sedentarismo provocaba irremediablemente la subida de peso. No era un joven muy gordo, pero se notaban los kilos demás cuando lo miraban.

Fue así que un día un primo suyo que lo había visitado, le sugirió ir al gimnasio. Damiano no se veía como un tipo que hacía esas cosas, pero tampoco le pareció descabellada la idea. Así que trató de hacerse de tiempo, y se inscribió a un gimnasio para entrenar de lunes a viernes, por las tardes. Su rutina consistía en

cardio y pesas, habiendo empezado desde lo más abajo posible.

En ese ambiente conoció gente, y se dio cuenta que la misma entrenaba para verse bien y lucirse en sus salidas nocturnas, en que se emborrachaban y ligaban, o hasta se drogaban. De hecho, la diversión absoluta era el objetivo de todos, nadie realmente entrenaba por su salud o por un beneficio a largo plazo. La vanidad era lo principal, y la satisfacción propia.

Hubo un joven de más o menos su edad, de nombre Santiago, con quien solía coincidir en el uso de ciertas máquinas dentro del gimnasio, y se turnaban en las series, o hasta se ayudaban. Llegó un punto en que entrenaban juntos, pero el objetivo de Santiago era la vanidad, y el de Damiano su salud. En los momentos de descanso solían hablar de variados temas, y en una de éstas fue que hablaron de ocultismo. Damiano sabía mucho del tema, y aunque Santiago se mostraba curioso y le hacía muchas preguntas, Santiago pertenecía ya a una secta, pues sus mismos padres que eran miembros lo metieron allí hacía tiempo.

Nunca Santiago le dijo a Damiano el nombre de su secta, y de hecho le reveló que era una orden que no tenía permitido a los novicios saber

el origen de la hermandad siquiera. Damiano se mostró curioso, pero Santiago daba a entender que estaba en la secta sólo porque sus padres lo metieron, y que no tenía muchos conocimientos de ciertos temas, sino que sólo estaba allí por estar. Y rápidamente Santiago cambiaba de tema, y le hablaba de chicas, y de las cosas que hizo en ciertas noches de parranda. Pero Damiano no era de fiestas, sino de sus momentos tranquilos de lectura.

—Vamos un día —le dijo Santiago, un viernes—. Sal de tu burbuja, y conoce el mundo. Debes disfrutar de la vida antes de hacerte viejo. Vives actualmente en un termo, no ves el exterior. Pareces, bueno, no físicamente, pero eres como un sapo que vive en un pozo, y que cree que el mundo es sólo eso, nunca habiendo visto el exterior —a Damiano le fue graciosa esa visión de su amigo.

—No, no me gusta esa onda —respondió Damiano.

—Pero te gustan las chicas, ¿cierto?

—Sí, obviamente.

—Y de seguro ya tuviste más de una novia, ¿no es así?

—De hecho, sí, tuve algunas, pero las relaciones no duraban, porque yo les resultaba

amargado a la larga. Me veían aburrido, y con el tiempo casi siempre notaban mis defectos.

—¿Y no salías con ellas?

—Algunas veces, para cumplir.

—¿Y tomaban?

—Sí, de vez en cuando.

—A ti te gusta tomar, ¿verdad?

—Sí, pero en un ambiente tranquilo, lejos del bullicio.

Santiago lo miró, como preocupado, y rio.

—Creo, mi querido amigo, que un día de estos debes salir de tu zona de confort, y probar nuevas cosas. Verás lo bien que te hará.

—Seguramente.

—No es seguramente, de hecho, es así como te digo. Me gustaría conocer tu casa, cómo vives. Ver tu mundo.

—¿Mi pozo? —dijo burlonamente Damiano, y rieron— Por tu forma de ser, no creo que te guste “mi mundo”.

—Vamos, ¿qué te parece el domingo por la tarde? De mañana estaré con resaca de lo del sábado, así que mejor cuando me encuentre bien. ¿Te parece?

—Sí, ¿por qué no? Así me platicas un poco de tu secta.

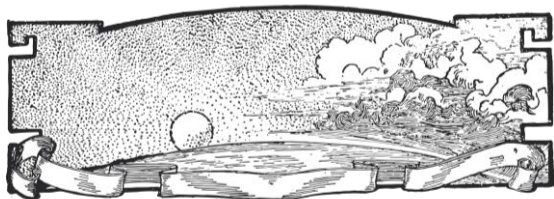
—La verdad que no tengo mucho qué decir al respecto. Pero quiero ver solamente tus cosas, tu vida. Te contaré lo poco que sé, lo prometo. Como te dije, estoy allí por estar, por cuestiones de suerte más bien.

—De acuerdo —asintió—. El domingo te envío mi ubicación, y te espero.

—Quedamos así —convino Santiago, y se dieron un choque de puños.

El viernes, Damiano entrenó solo, Santiago no fue a entrenar. Sin embargo, el sábado Santiago le escribió haciéndole recordar que se verían el domingo. Eso tranquilizó a Damiano, y esperó el día.





### III

**E**l domingo Damiano durmió hasta tarde, ya que el sábado anterior se pasó viendo una película de suspenso, que era uno de sus estilos favoritos. Se lavó el rostro y enjuagó la boca, para luego desayunar café negro con muy poca azúcar; se preparó dos huevos estrellados, y los acompañó con pan integral. Al terminar fue a cepillarse, se cambió, y fue al supermercado a comprar para su almuerzo, y cosas para la semana. Se tardó como dos horas en total, sumando el tiempo de realizar sus compras, la cola en la caja, y el regreso en auto a su hogar.

Una vez que guardó todo lo que trajo, almorzó, tomó un poco de su licor de menta, y posteriormente fue a abrir la ventana de su dormitorio.

rio. Se sentó en su sillón favorito cerca del aire fresco, y leyó el libro del mes.

Cuando se aburrió, terminó a duras penas el capítulo, y leyó después el libro que más le gustaba de sus seis vigentes. Antes de terminar el capítulo, sonó brevemente su smartphone, a lo que revisó, y se trató del mensaje de su amigo, anunciando que llegaría en quince minutos.

Trató de leer lo más rápido posible el libro que le gustaba, y terminó el capítulo. Pasó los quince minutos, y su amigo aún no llegaba. No sabía si tomar el tercer libro, o hacer otra cosa mientras tanto. Temía que mientras estaba a mitad del capítulo, su amigo llegase a interrumpirle la lectura. Por ello optó por no realizar esa tarea, y fue a recostarse en su cama, curioseó por sus redes sociales con su smartphone por varios minutos, y luego se entretuvo con unos juegos.

Tal vez porque estaba muy satisfecho luego del almuerzo, o quizá por efecto del alcohol, empezó a tener sueño, y notó cómo jugaba mal. Sus ojos se le cerraban de tanto en tanto. Cuando estuvo por dormirse, escuchó el timbre de su casa, a lo que fue rápidamente a recibir a su amigo.



—¡Hola! —le dijo Santiago cuando le abrió la puerta.

—¡Hola! Por favor, pasa. No hagas caso el desorden.

—No, tranquilo. Si vieras mi habitación, te desmayarías.

Santiago vio la casa de Damiano, y la primera impresión que tuvo fue que estaba ordenada, aunque tenía un aire como de casa abandonada. Supuso que era porque Damiano vivía solo y limpiaba solamente ciertas partes una semana, y otras partes otra semana. Se sentía ese vacío en su casa.

—Ven, te muestro mi dormitorio —indicó Damiano, y le llevó a su alcoba, ya con la ventana abierta.

La cama estaba bien tendida, y todo parecía limpio, pero estaba ese aire como que le faltaba vida. Vio en un rincón una mesa baja, o eso parecía, con un mantel encima y varios libros colocados en varias columnas. Al lado de la mesa de la cama, había otro grupo de libros en un soporte metálico, y sumaban seis libros en total. Santiago supuso que eran los libros que leía su amigo últimamente. Había dos sillones, un pequeño escritorio, una computadora, un ropero, y las paredes no tenían ningún solo cuadro.

—¿Qué te parece? —preguntó Damiano.

Y Santiago respondió:

—Para empezar, te falta una biblioteca.

—Un estante de libros, querrás decir.

—Un mueble para los libros, sí. Y también te falta alguna mascota, o una planta al menos. No sé, “algo con vida” —dijo con cierta desesperación, por lo cual Damiano se rio con lo que dijo su amigo.

—Sí, la verdad que sí —admitió—. Tienes razón. Voy a tener muy en cuenta tu consejo.

—¿Te parece si compramos algo y bebemos un poco? Me imagino que tienes “algo” para escuchar música —Damiano rio por lo que dijo.

—La verdad que tengo licor, si te gusta. Y lo único para reproducir música es mi computadora.

—Ambas cosas servirán. Pero la bebida podemos comprar más, así nos dividimos el gasto. Aunque, ¿de qué es el licor?

—Menta.

—¿Menta? Nunca probé licor de menta.

—¿Y qué es lo que habitualmente tomas?

—Cerveza, vino, whisky algunas veces... Si no me gusta tu licor, tal vez compre whisky.

—Creo que te gustará, lo traeré.

—Bien.

Damiano fue a la cocina, trajo una botella con un contenido verde hasta la mitad, la desenroscó, y le indicó a su amigo que oliera. Santiago quedó encantado con el aroma, y quiso probarlo. Agarró la botella, y cuando se la iba a llevar a la boca, Damiano lo detuvo.

—Aguarda, no lo bebas como cerveza. Sólo un pequeño sorbo, retenlo en tu boca un rato, y trágalo despacio.

Su amigo obedeció al pie de la letra. Al tragar lentamente quedó sorprendido con el sabor. Luego de terminar de tragarlo, probó otra vez, y una tercera vez.

—¡Nunca probé nada más exquisito que esto!  
—confesó, y le pasó la botella a su amigo.

—Traeré un vaso con hielo...

Bebieron y platicaron con rock ochentero de fondo, que Damiano reprodujo en su PC. Luego notó que a su invitado empezaba a subírsele a la cabeza muy rápido el alcohol, tal vez porque no estaba acostumbrado a esa bebida. Se le ocurrió, entonces, indagarle sobre su secta, aprovechando su estado.

Y con sutileza, preguntó:

—¿Entonces no les dicen el nombre de la hermandad?

—No, sólo le llamamos “fraternidad”.

—¿Usan algún símbolo que represente a esa hermandad?

—Hay muchos símbolos, pero no hay uno en específico que represente a la secta en sí.

—¡Qué raro! Eso no puede ser. Sí o sí deben tener una forma de identificarse, o de diferenciarse de otras escuelas de misterios.

—Y no la hay, o no me la dicen aún.

—¿Y cómo es la iniciación?

—No puedo decírtelo.

—Vamos, ¿a quién le diré? Cuéntame.

—Bien, te lo diré, o, mejor dicho, te diré sólo lo que puedo decirte, pero con la condición de que este fin de semana salimos a tomar unos tragos por ahí, por donde suelo habitar, y luego vamos por unas chicas, si no las hallamos en el local.

—No es mi estilo, pero está bien —asintió Damiano, más ansioso por la curiosidad que tenía, que por la idea de las chicas—. Ahora, cuéntame.

—Cada iniciación es diferente, dependiendo de la persona, o dependiendo más bien de qué nivel de iniciación se llevará a cabo.

—Seguramente todas las iniciaciones deben tener algo en común.

—Bueno, de hecho, sí.

—¿Y qué es lo que tienen en común todas las iniciaciones?

—Yo tengo la experiencia de mi propia iniciación, que no puedo contarte con detalle, pero también fui testigo de otras iniciaciones de novicios. Siempre es diferente, pero una sola cosa hay en todas.

—¿Y qué es lo que hay en todas?

—De alguna u otra forma, lo que hay en todas las iniciaciones que sé, es la sangre...

—¿Sangre?

—Sí, sangre de algún animal, dependiendo del iniciado, y también tú te debes hacer un pequeño corte. No es nada grave.

—¿Y para qué la sangre? ¿Se trata de un pacto con el diablo?

—No, de hecho, la idea es hacerse uno con ese animal que al fin de cuentas es un símbolo, un arquetipo; o sangre de un miembro. Y ambas sangres deben mezclarse en un cáliz, y la debes tragar, en medio de cánticos y oraciones de otros que están presentes, que hacen de testigos. Aunque algunas veces no cantan ni oran.

—¿Te vendan los ojos?

—No, en todo momento tú eres consciente de todo lo que pasa.

—¿Te atan?

—Tampoco, tú eres libre de todo lo que haces.

—Pero te dicen lo que hay que decir, o lo que van a hacer, o el animal que usarán, ¿verdad?

—De hecho, primero se pasa por un interrogatorio. Hay cosas que se establecen, pero muchas veces esas cosas son sólo simbólicas. Por ejemplo, la prueba del fuego, del veneno, y demás. Es decir, no te queman, ni te envenenan, ni te hacen algo físico. Te dan a elegir cómo quieres realizar las pruebas, dándote ellos las opciones. Y con la elección que haces, determinan qué tipo de persona eres, y la iniciación se hace con un formato personalizado, por así decir. Por eso te dije que cada iniciación es diferente, en algunos pocos casos ni se sacrifican animales, ni se hace lo del veneno... Es todo lo que tengo que decirte, mi querido amigo. Espero cumplas con tu palabra también tú.

—Lo haré —dijo satisfecho Damiano.

—Por favor, ya no me preguntes nada de eso... ¿El viernes te parece bien para nuestra salida nocturna?

—Sí, el viernes está bien.

Y llegando a ese acuerdo, Santiago bebió otro sorbo del licor de su amigo, y se levantó, indi-

cando que se iría. Damiano le regaló la botella, para que su amigo la terminase en su casa. Santiago, sorprendido, se lo agradeció, y Damiano lo acompañó hasta la salida; luego de despedirse de su amigo con un apretón de manos, quedó con muchas dudas en la cabeza. ¿Será que le dijo toda la verdad? ¿Será que hay cosas que Santiago omitió decir solamente? Esperaba ir a la fiesta y hacer otras indagaciones cuando Santiago se halle más subido de copas. Todo dependía de eso.

...

**GRACIAS POR LEER ESTE FRAGMENTO**

[Selénsak](#)